

hecho, se quedó en lo que era, en un pretexto tan retórica como toscamente improvisado.

Volviendo al principio, diré que apenas vi la luz verde que, pocos días después de la conversación a que acabo de referirme, me encendió Martín Freyre, me puse en contacto con Fernando Calatayud y con Gregorio Prieto con objeto de hablarles de la futura revista. Con Fernando, había fundado y dirigido en el diario **Lanza** una sección literaria que él quiso que se llamase "Pensando en Joven" y que habíamos dejado de encauzar en 1948 a consecuencia de la agria polémica provocada por una exposición de arte de vanguardia, de la que yo había sido uno de los organizadores, celebrada en la sala Buchholz de Madrid. Tras haber barajado muchos nombres, Fernando y yo decidimos que la revista se llamase **Deucalión**. Como es bien sabido, Deucalión, rey de Ftía, era hijo de aquel Prometeo que robó, para donárselo a los hombres, el fuego sagrado de los dioses — es decir la inteligencia transcendental— y fue duramente castigado por ello, aunque después se las ingeniase para recuperar, gracias a la desgracia del sabio centauro Quirón, la inmortalidad de que le había privado el más poderoso de los cronidas. De tal padre tal hijo, pues Deucalión —el Uta-Napistim de los sumerios, o bien el Noé de la mitología hebrea—, aconsejado por Prometeo, que se había enterado de que Zeus iba a provocar un diluvio que destruiría a la humanidad, construyó un arca, la llenó de provisiones y se embarcó en ella con Pirra, su mujer, de la que era primo hermano. Cuenta Ovidio en las **Metamorfosis** que, nueve días después de iniciado el diluvio, el arca se detuvo junto a la cumbre del poético monte Parnaso, único lugar de la tierra que no habían anegado las aguas, donde ofrecieron ambos esposos un sacrificio al irritado Zeus. Y cuenta también que, habiendo consultado al oráculo, y siguiendo sus ambiguas instrucciones, se pusieron a arrojar piedras a su espalda y obtuvieron el maravilloso resultado de que las arrojadas por Deucalión se convirtiesen en hombres, mientras se metamorfoseaban en mujeres las que iba arrojando Pirra. De esta manera, los dos únicos supervivientes de la antigua, fueron el origen de una nueva humanidad. De ahí las breves palabras de presentación, redactadas por Fernando y por mí, que aparecen al frente del primer número de la revista. Lo de los cincuenta años de diluvio es, por supuesto, un eufemismo, pues habría sido entorpecedora imprudencia decir que el diluvio que amenazaba ahogarnos había empezado con nuestra guerra civil y se había intensificado durante la postguerra, dejando a flote alrededor de nosotros poco más que ramas secas y algunos cuerpos muertos.

Con Gregorio Prieto, al que trataba bastante desde que, unos años antes, había vuelto de su larga estancia en Londres, mantuve una no corta conversación en su casa de la calle madrileña de Serrano. Gregorio se ofreció incondicionalmente a ayudarme y, pocos días después, me sorprendió con el bello dibujo del título, que había realizado, según su costumbre de entonces, en un papel translúcido de bastante cuerpo, y creo recordar que de tono ligeramente plomizo. Más adelante me referiré a las otras aportaciones de Prieto, las más constantes de las cuales fueron los dibujos que me fue prestando para que los reprodujese en cada uno de los números de **Deucalión**.